

## SUCESOS CONTEMPORANEOS.



Capilla de S. Fernando, en Sablonville, inaugurada el 11 de Julio de 1843.

Nuestros lectores recordarán el desgraciado accidente que puso temprano fin á los días del Duque de Orleans, el 13 de julio del año próximo pasado. Habiéndose de bocado los caballos de su carruaje, el Príncipe se arrojó de él, y en la caída encontró su muerte.

Deseosa su augusta y piadosa madre la Reina, de que un monumento perpetuase la memoria del sitio en que exhaló el último suspiro, mandó comprar la casa de Mr. Cordier á donde le llevaron, y donde espiró; y despues de demolida, se echaron en el mismo sitio los cimientos de la capilla, cuyo dibujo precede, y que se ha inaugurado el día 11 de julio de este año, celebrándose la ceremonia de la bendición por el Arzobispo de París, sin brillo, y asistiendo solamente á ella el Rey, la Reina, la Duquesa de Orleans, el Duque y Duquesa de Nemours, Mlle. Adelaida, hermana del Rey, los Duques de Aumale y de Montpensier, los ministros, y algunas otras personas, cuyo mayor número habian estado presentes cuando la catástrofe del 13 de julio.

El edificio, en forma de una cruz griega, se eleva en medio de un cercado plantado de árboles. Es de estilo bizantino, moderado con algunos detalles de arquitectura antigua, y una cruz de piedra domina el punto de intersección de las naves. El brazo derecho lo ocupa una capilla dedicada á San Fernando; el izquierdo un cenotafio, y el coro el altar de Ntra. Sra. de la Compasion, cuya estatua decora un nicho exterior practicado en la bóveda. Las tres puertas se redondean en arco abierto, y estan adornadas de rosetones, don-

de estan pintadas la Fé, la Caridad y la Esperanza. Dos ventanas arqueadas, que esparcen en aquel recinto una luz misteriosa, adornadas con vidrios de color fabricados en Sevres, representan á San Felipe, San Luis, San Roberto, San Carlos Borromeo, San Antonio de Padua, Santa Rosalia, San Clemente de Alejandria, Santa Emilia, San Fernando, Santa Elena, San Enrique, San Francisco, Santa Adelaida y San Rafael.

La sacristia está detras del coro, y separada de la cruz. Delante de la puerta principal, se ha reservado un semicirculo para la circulacion de los carruages, y enfrente hay salas destinadas para el servicio de la iglesia, y la habitacion del sacerdote que cuida de ella.

El cenotafio erigido al Duque de Orleans, consiste en un pedestal de mármol negro, que sostiene la figura del Príncipe, tendido sobre un colchon, y vestido con el uniforme de general; sobre un zócalo que forma la prolongacion del pedestal, hay un ángel rogando, que es una de las últimas obras hechas por la Princesa Maria. ¡Quién habia de decir á aquella real artista, que su hermano le sobreviviría tan poco tiempo, y que trabajaba para completar su mausoleo!

Ambas estatuas son de mármol blanco de Carrara. Un endimientto semi circular hecho en el pedestal encierra un hermoso bajo relieve: la Francia, bajo la forma de un ángel, estrecha con el brazo izquierdo una urna, que baña de lágrimas, y en la mano derecha tiene una bandera tricolor caída.



## RECUERDOS HISTÓRICOS.

## EL ÚLTIMO DISCÍPULO DE LA ESCUELA GRANADINA.

(Episodio histórico de la vida de Juan de Sevilla.) (I)

## UNA CALLE OSCURA Y UNA REJA POCO FUERTE.

## IV.

Es la razón una barrena tan tenaz que siempre carcome, por más que hagamos por desoirarla, nuestra vida y nuestros placeres. Juan de Sevilla no cesaba de atormentarse á cada instante con reflexiones y dudas, hasta que al fin apeló para tranquilizarse, á una ausencia fingida, medio tantas veces probado por los maridos, y siempre con buen éxito. Efectivamente apenas indicó en su casa la partida, y encargó á Doña Claudia la vigilancia, cuando ya pensaba esta en introducir á Enrique en la casa, exigiéndole por ello una crecida recompensa, y al fin cuando el pintor se marchó, resolvió ponerle la siguiente carta á su discípulo. *«Esta noche á las doce os espera aquella persona. Las tapias del jardín no son muy altas; yo haré lo demás. No me olvideis que mucho aventuro.»*

Prevenido Enrique de su tizona y su daga, envuelto en su capa, y sin pluma en el sombrero, salía á las once y media de la noche por la calle de los Oidores con paso resuelto. La noche estaba muy oscura, cubierto el cielo con las negras nubes de una tormenta de verano. De cuando en cuando silbaba el huracán entre las revueltas de las callejuelas del intrincado Albaicín, retumbaba el trueno lejano, y se iluminaban las calles con el rogizo resplandor de los relámpagos. El corazón de Enrique estaba en armonía con la naturaleza, y mientras más se acercaba á casa de su querida, más confusión de ideas le atormentaban: iba á cometer un crimen por primera vez, y su corazón generoso luchaba con la pasión. «Teresa, me espera... (decía allá en sus adentros) así me lo escribe Doña Claudia. Esta noche podré coger el fruto de mi amor. Si, á las doce; las tapias del jardín no son muy altas... ¿Como habrá vencido la repugnancia de Teresa?... Será una trama de Doña Claudia, para venderme? ¿Quién sabe?... ¿No ha vendido á su amo, al que la ha dado el pan tantos años? ¿Qué tengo yo que alegar para que me sea fiel?... Nada, mas no se dirá que he retrocedido en el fin de la carrera... Teresa me aguarda tal vez impaciente... si... *Aquella persona!*» Y al decir esto apretó el paso.

A poco volvió á retenerle, y siguió—«Voy á marchitar esa flor pura; voy á manchar con el crimen su frente candida!... Pobre niña!... Cuantas desgracias voy á derramar en tu corazón! Surcos harán las lágrimas en tus mejillas!...—Y á Juan de Sevilla le pago sus beneficios deshonorando su tálamo?... ¿Enrique, que vas á hacer?... No pudo resistir mas aquella lucha interior penosísima, y alzó la cabeza para es-

poner al aire libre su frente que ardía; y lo primero que vieron sus ojos turbados, fue el santo Cristo de piedra que hay en la plazuela de San Miguel. Al ver la cárdena faz del Redentor, iluminada por los débiles rayos de un moribundo farol, se le herizaron los cabellos, y le pareció en su delirio que Jesús le miraba y le maldecía. Parose altamente conmovido al pie de la cruz, y al mismo tiempo una ráfaga de aire silvando espantosamente, le azotó la cara y arrebató el farol. Esta nueva casualidad acabó de exaltar su imaginación desordenada, faltaronle las fuerzas y cayó desvanecido á tierra. Poco á poco fue volviendo, y temblando se levantó; las doce sonaron en el reloj de la catedral, y entonces se reanimó y empezó á marchar por la calle del Aire. Llegó á la casa de Juan de Sevilla, tomó la vuelta, y sacando una escala que llevaba bajo del brazo oculta con la capa, la arrojó sobre la tapia, quedándose aferrados los garfios de sus extremos en el lomo; puso el pie sobre el primer escalón, y al afirmarse sintió pasos por la calle adelante. Su primer impulso fue salir al encuentro del que venía; pero reflexionando despues se retrajo, y retirándose de puntillas á la pared de enfrente, se embutió en el quicio de una puerta, conteniendo hasta el respirar, desenvainando al mismo tiempo la espada. Pasó el desconocido casi tocando á Enrique y sin verle ni sentirle; este se mantuvo quieto, hasta que el ruido de las pisadas se perdió; subiéndose entonces por la escala, se arrojó al jardín.

Doña Claudia se le acercó sin hablarle, le tomó de la mano, y á oscuras le condujo á un pasadizo, á una escalera, á una sala y de allí á una alcoba; tomó la dueña un bolsillo bien provisto que le alargó el joven, le habló al oído y le dejó solo. Enrique no sabía darse razón de todo aquello, y aun era tal el trastorno de sus ideas, que ignoraba porque estaba allí; despues un poco mas tranquilo reconoció la habitación. Una lamparilla que ardía delante de una virgen alumbraba la alcoba; una cama de las llamadas de matrimonio, ocupaba el testero, y del cabezera pendía un Cristo crucificado; cuatro estampas clavadas en la pared y orladas con flores, una pilita de cristal con agua bendita, seis sillones de damasco, y un baul de baqueta, completaban el adorno de la estancia: unas cortinas blancas cerraban la entrada, y solo dejaban ver la sala por una abertura.

Aun no pasado el tiempo que yo he tardado en dar estos pormenores, entraron en la sala Teresa y la dueña, siguiendo una conversacion muy animada, y de la que Enrique pudo oír lo siguiente.—Doña Claudia, es imposible, no querias hacerme mas criminal... Ah! demasiado lo soy ya!! Decía casi llorando Teresa.

—«Y si no hubiera remedio? (replicó la dueña) ¿Y si ya estuviese dentro?»

—«No, no puede ser ¡Vos no me quereis tan mal!...» Y la muger del pintor, levantándose de pronto, se precipitó en la alcoba como huyendo de Doña Claudia.

Enrique y Teresa se miraron por un momento asombrados, luego la joven lanzó un grito agudísimo y de un eco inesplicable; la sorpresa, el terror, la falta

(1) Véanse los números 41 y 43.



de socorro, todo estaba comprendido en aquel sonido; cayó desmayada contra la mesa donde ardía la lamparilla y rodó todo por el suelo. Su amante no sabe que hacerse, va á socorrerla, y en la oscuridad tropieza con la mesa, quiere llamar, pero teme: sale al fin á la sala y entra la luz; colocala en el suelo, y toma en los brazos á su amada, la pone sobre sus rodillas y le sostiene la cabeza con una mano: siente humedad: de la cabeza de Teresa brotaba sangre. Nuevo embarazo: principia á desatar rápidamente y á deshacer las trenzas de la larga cabellera, y todo se le enreda, sin atreverse á tirar fuerte por no lastimarla. Teresa, con los dolores vuelve en sí, mira en rededor y quiere huir, le faltan las fuerzas, y solo dice con una voz penetrante y dolorosa.

—«Enrique, sed generoso por Dios...»

Al fin consigue el amante destrenzar toda la cabellera, deja á Teresa sobre el lecho y con el agua bendita principia á labarle la herida. Al mismo tiempo se oye el ruido de una llave dentro de una cerraja, y la voz de Juan de Sevilla que furioso renegaba porque no cedia velozmente; su muger salta de la cama, y huye diciendo solo—«sálvate!» Y al correr hácia la puerta derriba la luz que estaba en el suelo.

El jóven vacila un instante; no teme por sí, teme por Teresa, y mas la daña si se queda. Luego es tan horroroso asesinar á un marido que defiende su tálamo! Sale á tientas á la sala, y oye todavia los reniegos de Sevilla, pero siente tambien el huracan silvar por entre las rendijas de una ventana, y mas ligero que el rayo se dirige á aquel lugar; dá con un pestillo, abre y un relámpago ilumina la estancia; va á arrojarle... habia hierros!... Frenético se ase de ellos y conmueve de un tiron todo el marco de madera, no muy fuerte de por sí. Siente entonces los pasos de Sevilla, que se acerca con velocidad, hace un esfuerzo desesperado, la ventana entera salta. Al mismo tiempo entra Juan arrastrando á su muger que intentaba detenerlo; no ve, mas oye el ruido de la madera que cruge y cae al suelo. Un relámpago iluminó aquella escena terrible, y Enrique se dibujó en la claridad que entraba por la ventana; se lanza á él su maestro, y cuando llegó, halló solo la pared; un instante despues se oyó un golpe terrible y un ay de muerte en la calle.

Sevilla corre hácia la escalera, Teresa le detiene abrazada de sus rodillas.

#### CONCLUSION.

##### V.

Preciso será esplicar la aparicion repentina de Juan de Sevilla, antes de concluir esta veridica historia. Marchó este de su casa ataviado como de camino, al amanecer del dia, en que recibió Enrique la carta, y salió en efecto por el ejido ó plaza del Triunfo, ocultandose despues en una caseria de un amigo suyo, hasta que llegó la noche y se fue á rondar su propia casa, inutilmente, pues como he referido pasó muy cerca de su rival sin verle ni sentirle. Dadas ya las doce, cuan-

do casi se disipaban sus dudas, oyó el grito de Teresa, y alarmado se dirigió rápidamente hácia la puerta, vió al mismo tiempo deslizarse un bulto silenciosamente, desenvainó la espada y corrió á el presuroso, gritando «¿Quien va?» —«Señor corred á salvarla» (dijo con voz temblorosa Doña Claudia). Sin detenerse Sevilla en lo extraño de aquella indicacion, ni menos en parar á quien se la hizo, entró por la puerta que estaba abierta, subió la escalera, la encontró cerrada, abrió con una de las llaves que á propósito traia y... ya se sabe lo demas. Doña Claudia en tanto, valiéndose de su estratagema, huyó con algunas cosas que sin duda estarian de mas en casa del pintor, como alhajas etc.

Un año despues en Sevilla, un jóven alto, moreno, de ojos negros y penetrantes, sumamente pálido, se embarcaba para el Nuevo Mundo. A los dos meses de navegacion, murió arrojando sangre por la boca, al pasar el cabo de Hornos. En medio de las agonias de su muerte, se le oyó pronunciar muchas veces un nombre: *Teresa*.

Ignoro si Doña Claudia, es una que aparece en los registros de la Inquisicion, quemada por bruja y embaucadora, hácia los años de 1690, ú otra que murió de vieja en las galeras de Valladolid.

Teresa perdió para siempre la quietud de que tanto tiempo habia gozado, y mil veces la sorprendió Juan de Sevilla llorando ante la virgen, y mezclando entre sus ruegos el nombre de Enrique. El pintor se hizo mas duro é inflexible para la pobre Teresa, que no pudo convencerle de su inocencia.

Este acontecimiento que toscamente acabo de referir, hubiera pasado oscurecido, como otros muchos de la vida privada del hombre, si él por sí solo no hubiese bastado para acabar de destruir la famosa escuela de pintura granadina, fundada por Rincon, y elevada á su apogeo por Alonso Cano, y Pedró de Moya; porque Juan de Sevilla, último de sus mantenedores, no tuvo mas discípulos, y cuando murió, treinta y cinco años despues de este suceso, se enterró con él su correcto dibujo y hermoso colorido; pues el desgraciado Enrique, fue el último discípulo de la escuela granadina. S.

#### POESIA.

##### Cuento.

En una tormenta horrible  
un Capitan mandó echar  
el peso menos servible  
al enfurecido mar;

Siempre pronto á obedecer  
Lucas, lleno de arrebató,  
para cumplir el mandato  
echó al agua á su muger.—A. G.



## BIOGRAFIA ESTRANGERA.



MLLE. LENORMAND.

El martes 27 de Junio de 1843, se agolpaba la multitud á las puertas de la iglesia de Santiago *du Haut Pas* en París. La iglesia estaba colgada de blanco, y en el coro se elevaba un suntuoso catafalco, cuyas franjas de plata brillaban con la luz de las antorchas. El féretro, tirado por cuatro caballos, y seguido de lloronas y de muchas damas, se dirigió despacio hácia el cementerio del padre Lachaise, y los curiosos reunidos, despues de haber preguntado á las gentes del séquito, repetían: Mlle. Lenormand, la famosa tiradora de cartas, la amiga de la emperatriz Josefina, ha muerto!

Mlle. Lenormand, que ya habia dotado en 300,000 francos á una de sus sobrinas, dejó 500,000 francos en propiedades. Ganó esta fortuna haciendo *grandes y pequeñas paciencias*, leyendo en el poso del café, examinando claras de huevo, distribuyendo esperanzas ó cuidados. Era la última representante de las antiguas sibilas de Cumes y Delphos, de Erythrea, de Ancyro, de Tibur, y otros lugares. Practicaba de buena fe la ciencia quimérica de Cornelio Agrippa, de Cagliostro y de Ettliela; y como por intervalos habia acertado en sus adivinaciones; como la casualidad ó su penetracion le habian servido, adquirió una celebridad que le sobrevivió.

María-Ana Lenormand, muerta el 25 junio de 1843, habia nacido en Alenzon (Depto. del Orne) en 1772. Su madre era tenida por una de las mugeres mas hermosas de Francia. Mr. Lenormand la llevó á París poco

tiempo despues de su casamiento, y cuando se presentó en las Tuilleries, la rodearon los admiradores con tan lisongero apresuramiento, pero tan importuno al mismo tiempo, que se vió precisada á evitar los obsequios con una retirada precipitada. En Versailles, Luis XV reparó en la jóven Alenzonesa, y preguntó quien era. Dijéronle á Mr. Lenormand; «el rey ha distinguido á vuestra esposa, y teneis asegurada vuestra fortuna. El honrado esposo sabia á qué precio la habia de comprar, y al dia siguiente ambos consortes, huyendo de las seducciones de la corte, habian tomado el camino de la Normandia.

María Ana Lenormand, educada en la abadía real de las Damas benedictinas de Alenzon, hizo rápidos progresos en las lenguas muertas y vivas, en el dibujo, la pintura, la musica etc. Desde la edad de siete años, daba pruebas de singular aptitud para adivinar los acontecimientos futuros. La abadesa del convento de las benedictinas fue destituida por mala conducta y encerrada en una casa de correccion. Gran ruido entre las hermanas y las pensionistas; ¿á quien se confiará la direccion del rebaño? Mientras se discutia sobre el particular, la pequeña Lenormand pronosticó que la cleccion del Rey recaeria en cierta señora de Livardia, y se realizó el vaticinio á los diez y ocho meses; habia entonces seis que Mlle. Lenormand se habia pasado de las Benedictinas á las Damas de Santa María. La nueva abadesa la envió á buscar, le dió un empleo honorífico en la ceremonia de la consagracion, y la presentó al obispo Grimaldi, como una niña de grandes esperanzas.

A los 17 años, al principiar el de 1789, Mlle. Lenormand anunció la caída del trono, variaciones en la constitucion del clero, y la supresion de los conventos. Estos pronósticos, inspirados por las circunstancias, nada tenian de milagroso; pero era extraordinario que una muchacha tan jóven, se elevase bruscamente al nivel de las gentes ilustradas, comprendiese la inminencia y la intensidad de las tempestades políticas, y proclamase en alta voz lo que los mas atrevidos decian al oído.

En 1790 fué á París, y colocada en calidad de lectora cerca de un anciano, Mr. de Amerval de la Sausotte, cuya casa señalaba Marat, en su *Amigo del pueblo*, como punto de reunion de los realistas. Mlle. Lenormand se presentó desde el momento como adivina, y estuvo pronto en boga entre la sociedad mas elevada de París. Cuanto mas sombrío é incierto se hacia el porvenir, mas buscaban los crédulos privilegiados operaciones cabalísticas, que aclarasen sns dudas y fortaleciesen su valor. Cuando María-Antonieta estuvo en la prision, Mlle. Lenormand, realista ardiente, no se limitó á tirar las cartas, sino que emprendió el hacerla escapar. Disfrazada con un cesto de frutas, fué introducida en la Consergería por Mma. Richard, muger del conserje, y Michonis, administrador de las prisiones. Encontró á la Reina abatida, desesperada, sorda á toda propuesta de salvacion, y la destitucion del administrador puso fin á las tentativas de la sibila libertadora.



Sibila, tal era la cualidad que entonces se abrogaba, pues había dejado su destino de lectora, para establecer una oficina de adivinación en la calle de Tournon número 153, en el día número 5. Uniéronse á sus primeros clientes hombres que engolfados en la revolución temían para sí y para sus proyectos los desórdenes que le acompañaban. En el mes de Floreal del año 11 (Mayo de 1794) fué visitada por Robespierre, Saint-Just, y de La Force, administrador de la oficina central de seguridad general: «En lo que vá del año les dijo, sereis condenados y ajusticiados.» Poco tiempo despues era conducida la Sibila á la prision de la *Petite-Force*, como contra-revolucionaria, y por haber hecho vaticinios para trastornar la tranquilidad de los ciudadanos y atraer una guerra civil.» En la prision, fué la providencia de las mugeres nobles, á las cuales hizo preveer una próxima libertad. Mlle. Montansier, ex-Directora de los teatros de la corte, iba á ser trasladada á la Conserjería, cuando Mlle. Lenormand le dijo: «Meteos en la cama y fingios enferma; un cambio de prision seria la muerte, pero la evitareis y vivireis muchos años.» En efecto las personas trasladadas perecieron en el cadalso, y Mlle. Montansier se salvó el 9 Thermidor.

En la *Petite-Force* fué donde Maria Lenormand principió con Josefina de Beauharnais, la futura emperatriz, relaciones que han contribuido en gran parte á su popularidad. Josefina, supersticiosa como todas las criollas, le envió unas notas desde Luxemburgo donde estaba detenida, rogándole que le predigiera su suerte y la de su marido. «El general Beauharnais, contestó el oráculo, será victima de la revolucion. Su viuda se casará con un oficial jóven, cuya estrella le llama á elevados destinos.»

Maria Lenormand, libre con la cesacion del terror, emprendió de nuevo sus sesiones proféticas. Consultada por Bonaparte, en 1795, que pensaba entonces en ir á servir al Sultan, le dijo: «No conseguireis pasaporte; estais llamado á representar un gran papel en Francia. Una señora viuda hará vuestra felicidad, y por su influencia llegareis á una clase muy elevada; pero guardaos bien de serle ingrato; va en ello vuestra felicidad y la suya.»

Durante el consulado, el 2 de Mayo de 1801, fue llamada la Sibila por Josefina á la Malmaison, y le pronosticó nuevas grandezas. Cuando se formó el campo de Bolonia, habiendo anunciado que el primer Consul la casaria si intentaba un desembarco en Inglaterra, fue llevada á las Madelonnettes, donde estuvo detenida desde el 16 de Diciembre de 1803 hasta el 1 de Enero 1804. Sufrió otro arresto en 1808 por haber pronosticado que el Emperador queria hacerse dueño de los Estados romanos, que la guerra de España le seria funesta. Esta última persecucion le inspiró un grueso libro en 8.<sup>o</sup> *Los recuerdos profeticos de una Sibila sobre las causas secretas de su arresto de 11 de Diciembre de 1809.* Escarnecida con motivo de esta obra por el *Diario de París*, *Los Debates* y *El Enano Amarillo*, insertó estensas contestaciones en el *Correo* del 20 y el *Constitucional* del 24 de Setiembre de 1815.

En seguida, cual si quisiera desafiar la critica, se puso á publicar, tomo tras tomo: *El Aniversario de la Emperatriz Josefina*, en 8.<sup>o</sup> 1815; *La Sibila en la tumba de Luis XVI* en 8.<sup>o</sup> 1816; *Los Oraculos sibilinos* en 8.<sup>o</sup> 1817; *La Sibila en el congreso de Aix-la-Chapelle*, en 8.<sup>o</sup> 1819; *Memorias históricas y secretas de la Emperatriz Josefina*, dos volúmenes en 8.<sup>o</sup> 1820, reimpresos en tres volúmenes en 1827. Todas estas obras estan igualmente escritas en un estilo enfático y difuso. El autor habla con seriedad de sus relaciones con *Ariel*, espíritu *Sobre Celeste*, *Todo poderoso*; del mérito admirable de Cagliostro, poseedor de los diez *sephiroths*; de *Phalदारas*, genio de la investigacion de las cosas ocultas, que le aparece bajo la forma de un anciano vestido con una larga túnica verde. Estos sueños no merecian el honor de un proceso; sin embargo la magistratura belga creyó oportuno mandar arrestar á la phitonisa, que habia ido á Bruselas á egercer su profesion. Despues de muchos interrogatorios, fue enviada ante el tribunal de Lovaina, como acusada de haberse vanagloriado de poseer la flecha de *Abaris*, un *lente mágico* y un precioso *talisman*, y de haber empleado tambien fraudulentos manejos para persuadir la existencia de un poder y de un credito imaginarios, etc. Condenada á un año de prision, apeló y fue absuelta en medio de las exclamaciones de toda la ciudad. Los detalles bastante curiosos de este proceso estan consignados en los *Recuerdos de la Belgica*, *cien dias de infortunio*, ó *El proceso memorable*, en 8.<sup>o</sup> 1822.

Mlle. Lenormand ha publicado ademas *El Angel protector de la Francia en el sepulcro de Luis XVIII* en 8.<sup>o</sup> 1824; el prospecto de una obra inédita, *Album de Mlle. Lenormand*, 5. volúmenes en 4.<sup>o</sup> y 8 volúmenes en 8.<sup>o</sup> *La sombra inmortal de Catalina II en la tumba de Alejandro I*, en 8.<sup>o</sup> 1826; *La sombra de Enrique IV en el palacio de Orleans*, en 8.<sup>o</sup> 1831. *Manifiesto de los Dioses sobre los negocios de Francia*, en 8.<sup>o</sup> 1832. *Fallo supremo de los dioses del Olimpo en favor de la Duquesa de Berri y de su hijo*, en 8.<sup>o</sup> 1833.

Maria Ana Lenormand habia adoptado un ceremonial uniforme para cuantos la consultaban. Un criado anciano vestido de negro, introducía al consultante en la ante-cámara, diciendole: «La señorita está ocupada, tened la bondad de esperar.» Este proceder dilatorio, de que usan tambien los médicos y los abogados, tiene por objeto persuadir al cliente que no es mas que una unidad de una hilera interminable. A los diez minutos, el anciano criado llevaba al que iba á consultar á un gabinete ovalado, en cuyo extremo estaba sentada la sacerdotisa, cubierta la frente con un turbante. A lo largo de la pared, y á la izquierda de la puerta, habia una biblioteca llena de las obras de Juan de la Taille, Juan Belot, Nostradamus, Alberto de Suabia. Le Loyer, Gaspar Peucer, Apomazar, Leonardo Vair, ect. La Sibila hacia ocho preguntas: «¿Cuál es el mes el día y la hora de vuestro nacimiento? —¿Qué edad teneis? —¿Cuales son las primeras letras de vuestro nombre y del lugar de vuestro nacimiento? —¿Qué color preferis? —¿A que animal quereis mas? —¿Por cuál e-



neis mas antipatia?—¿Qué palo elegis?—¿Queréis el *grande juego* ó el *pequeño*?» Principiaba en seguida sus operaciones quirománticas, cartománticas, captrománticas, ó coseopianas ó cafeumánticas.

No creemos deber estendernos sobre estas puerilidades adivinatorias. ¿De qué serviría explicar, con Delirio, Taismier ó de La Chambre, como está consagrado cada uno de los dedos á un planeta, el pulgar á Venus, el índice á Jupiter y el de enmedio á Saturno ect? ¿Para que investigar lo que puede verse en un juego de naipes, ó en algunas gotas de agua vertidas sobre un espejo? La única adivinacion admisible es aquella cuyos resultados son efecto de la perspicacia natural; el método de induccion es el verdadero espíritu adivinatorio. Si se trata de los Estados, los sucesos pasados ó presentes tienen consecuencias fáciles de pronosticar; si de los individuos, el temperamento, la fisonomia, la edad, las maneras, nos indican el carácter del *consultante*; y siendo siempre las acciones conformes con las inclinaciones, llegamos á hipótesis bastante exactas.

Lo que ha hecho tan famosa á Mlle. Lenormand, ha sido el haber contado entre sus adeptos á Fouché, Barrás, David, Denon, Moreau, Mme. de Stael, Talma, el cantor Garat, el Príncipe de Talleyrand, y la mayor parte de los hombres ilustres del Imperio. Confesamos que tenia ingenio y erudicion; pero quiera el cielo, para honor del siglo XIX, que se haya llevado á la tumba el arte adivinatorio.

## CUENTO.

### LO QUE ENCIERRA UNA GOTA DE ACEITE.

Un joven poeta, como hay tantos, pobre empleado en una oficina subalterna, pero que ostentaba presentarse con el lujo de una clase muy superior á sus recursos pecuniarios, que cuidaba su levita y sus pantalones, únicos que componian su guardarropa, con el mismo cuidado y delicadeza que cuida una esmeralda jardinera una hermosa flor próxima á deshojarse; este joven tuvo un dia una de esas casualidades felices, que segun dicen, solo se presentan una vez en la vida. Estuvo á punto de realizar el ensueño de toda su existencia, de llegar á ser lo que se esforzaba aparentar, diez años hacia, esto es un hacendado poseedor de hermosos caballos, de un palacio no imaginario, de lacayos con librea, casas de campo, parques, y un palco en el teatro de la ópera de París. Todos estos esplendores brillaron un instante á sus ojos, y se desvanecieron luego para siempre. Tanta opulencia estuvo para él pendiente de un hilo, ó por decirlo mejor, de... pero no anticipemos los sucesos.

El poeta pues, habia tenido la dicha de seducir una viuda rica, hermosa, la baronesa Dorliska de la Fenouillere, que con su corazon y su mano, debia darle una dote de cincuenta mil escudos de renta, reco-

jidos por el difunto baron, proveedor durante el Imperio, y transformado en gentilhombre durante el reinado de la rama primogénita, mediante la suma de diez mil francos, que era entonces el precio corriente de los títulos de nobleza. Ademas como decia el rentista Zamet, el amigo de Enrique IV y de Gabriella de Estres, el hombre que *posee tres millones* no puede ser plebeyo. No podremos decir como lo habia hecho el poeta para obtener esta conquista, mil causas habian contribuido á aquel resultado capital. Indudablemente habia cooperado á ello el nudo de su corbata. Las barnizadas botas podian tambien reclamar su parte en aquel brillante triunfo, pues el nuevo Narciso se miraba en ellas. Su estravagante chaleco no podia menos de chocar á la mas loca de todas las baronesas. Su aplomo, su fatuidad, la seguridad con que hablaba de sus tierras, de sus arrendadores y de sus caballos, ciertas relaciones aristocráticas, bajo cuya proteccion se presentaba, no habian contribuido menos á fascinar á aquella, cuyo corazon se parecia mucho á la nobleza, es decir que no era de piedra. En una palabra, en el torbellino de un baile, el poeta se habia atrevido á hacer una declaracion en forma, que su Francisca de Rimini, arrastrada como él por el espacio, habia acogido sonriendo: se habian confesado su mutuo amor ¡cuando se valsa se va aprisa!

El sabado siguiente, dieron libre curso á timidos deseos, harto tiempo comprimidos, y convinieron en casarse en la próxima primavera. El poeta era demasiado diestro, para permitirse el menor ardor ilegítimo.

Pero ¡cielos! cuando ya lucia para él la casta antorcha de himeneo, un celoso quinqué vertió una lágrima, y aquella lágrima, ¡cuantas otras habia de causarle! cayó precisamente en el cuello de la casaca del futuro esposo de Dorliska.

Al dia siguiente, revistando con ojo solícito su querido trage, cómplice de su glorioso triunfo, y mientras talareaba entre dientes un refran que decia,

¡Cuanto te debo casaca mia!

con espanto vió una mancha odiosa, que se pegaba y estendia en la cima de su casaca, número único. En vano rascó, restregó, acepilló el sitio que el horrible estigmata habia elegido para su domicilio; solo consiguió hacerlo mas patente á la vista. El aceite es uno de esos pícaros codiciosos, que no abandonan fácilmente su presa, y maravillaba ver como se estendia en su alrededor, impregnando con sus tonos lívidos, y corroyendo el fresco color del tejido.

Y el pobre poeta debia hacer aquel mismo dia su corte á la baronesa, quien la vispera al despedirse de él, habia proferido lánguidamente estas suaves palabras: «¡hasta mañana!» Faltar á aquella invitacion, á aquella orden, hubiera sido perderse, suicidarse, matrimonialmente hablando.

En medio de su desesperacion, no dejó de acordarse el poeta del quita manchas; pero ademas de que aquel industrial vende sus servicios á peso de oro, era demasiado tarde ya para recurrir á su ministerio. Aproximábase la hora, y el poeta entregado á sus molestas reflexiones, se puso maquinalmente su frac manchado,



tomó el sombrero, y bajando los cinco pisos que conducían á su guardilla, se marchó á la calle, con las manos en los bolsillos, la nariz en alto, y pareciendo que pedía al cielo una inspiración, y que imploraba la providencia.

De repente se le presentó esta última bajo la forma de un quidam, que llevaba un sombrero, en otro tiempo blanco, inclinado como el campanario de Pisa, con un enorme par de patillas, una corbata encarnada, y una gran levita de raído paño. Aquella persona, que estaba recostada á un portal en que se veía junto á él una pequeña caja de hoja de lata, dió un salto al ver al poeta, y se avalanzó á él.

—¡Dios mío, que hermosa mancha! exclamó. Caballero, por el amor á las artes permitid que os la quite.

Al mismo tiempo cogió el cuello del frac del poeta, y principió á frotarlo fuertemente con una especie de sustancia azulada que tenía en la mano.

El poeta saliendo sobresaltado de su meditación, creyó ver un ángel libertador en el brusco bohemio que le impedía el paso. «¿Quién sois le pregunté?»

«¿Quién soi? contestó el otro; teneis en vuestra presencia al inventor privilegiado del célebre javon oleigivero vegetal, fruto de mis viajes en todas las partes del mundo, incluidas la Polinesia y el archipiélago de las islas Marquesas. Caballero, por medio de este javon, compuesto de simples, cogidos en las montañas mas elevadas del globo, quito todas las manchas que me honran con su confianza. No hay vestido grasiento, paletot por maculado que esté, ninguna clase de tegido atrozmente manchado, que en pocos instante no vuelva yo limpio, sin señal ninguna, y luciente como una moneda de dos sueldos. Y todo esto, caballero, por la módica bagatela de diez céntimos, dos sueldos, segun el estilo antiguo.»

Diciendo esto, el industrial al aire libre, cuya levita manifestaba el aprecio que hacia de su javon, sustancia preciosa á sus ojos, que no se atrevia á emplearla para él mismo; el industrial, repetimos, seguía empastando con sin igual ardor, el cuello del frac del poeta. Este, seducido por la elocuente arenga que acabamos de referir, le dejaba hacer, y esperaba con confianza el resultado de la operacion.

En aquel momento fatal, oyese el ruido de un coche. Una brillante carretela, tirada por dos caballos desaparejados adelantaba por medio del arroyo. El poeta la miró, y conoció.... ¡que golpe tan teatral!.. que la hermosa dama que iba en ella, era la pretendida, la divina baronesa. ¿Que génio maléfico, qué demonio vomitado por el infierno, podía llevar por aquel barrio apartado y escéntrico á aquella beldad? Adivínelo el que pueda. Lo cierto es, que el poeta, petrificado al ver á su amada, perdió en aquel crítico momento toda su presencia de ánimo, hasta el punto de saludar torpemente, cortándose de este modo toda retirada, toda negacion ulterior, y atestiguando él mismo, su triste y deplorable identidad. Solo puede esplicar esta pesada é incalificable aberración, el vértigo que algunas veces se apodera de nosotros en los momentos de estremado peligro.

La baronesa, que no habia reparado hasta entonces en el poeta, se puso como una grana, de verguenza y de cólera, al renocer, en el caballero que tan torpemente la saludaba, al radiante alumno del Parnaso, debatiéndose con el industrial de equívoca apariencia, que acabamos de describir. Agitóse convulsivamente en su asiento mordiéndose los labios, dió orden al cochero de ir aprisa, sin dejar de echar antes al desgraciado elegante una mirada de soberano desprecio y de aterrador ironia.

Aterrado, estupefacto, sintió este que corría por todo su cuerpo un sudor frio. Con la boca abierta, las rodillas tendidas, la vista instintivamente fija en la carretela que se alejaba, llevándose todos sus dorados ensueños, se quedó inmóvil, sin aliento, sin voz, cual si de repente hubiera tenido igual suerte que la muger curiosa de Loth.

El inventor privilegiado del célebre javon oleigivero vegetal, le sacó de su letargo diciendole.

«Ya concluí; ya estais ahora mas limpio que una patena. Dies céntimos es lo que me debeis, por haberos quitado la mancha.»

«¡Miserable! no es la mancha, no, la querida es lo que me has quitado! exclamó con voz de trueno el desdichado poeta, vuelto con aquella interpelacion al triste sentimiento de la horrible realidad.

«¿Qué diablos dice ese moderno? contestó el hombre de la corbata encarnada; ¿acaso no os he quitado la mancha? venga la moneda, sino...»

El infeliz poeta pagó, y se marchó con la muerte en el corazon, conservando sin embargo, una chispa de esa esperanza vaga que jamás abandona al hombre en medio de sus mayores contratiempos.

No tardó en perder esta última tabla de salvacion. Aquella misma noche, recibió por el correo, en su domicilio alquilado, un billetito concebido en estos términos.

«Caballero.—Es inútil que os presenteis en mi casa, como pensabais hacerlo. Jamás podré unirme á un hombre que se hace quitar las manchas en la calle» firmada la Baronesa de...

«Firmada»

LA BARONESA DE...

Por breve que fuese aquella misiva, habia en ella dos inexactitudes que, como historiadores, debemos rectificar. En primer lugar no era en la calle, sino en un callejon donde el mal aventurado elegante habia sido sorprendido in fraganti cometiendo un delito de contrabando elegante; en seguida, en manera alguna se habia hecho quitar la mancha, como suponía la baronesa, pues esta volvió á aparecer mas floreciente que nunca. Desde aquel día ha resistido al uso de todos los cáusticos, y ha progresado sin cesar; de tal modo, que el poeta puede parodiar el dicho de Francisco I, á las órdenes del cual pelearon sus antepasados, segun dice, en la batalla de Pavia, y esclamar, con mucha verdad y muy á tiempo, «todo se ha perdido, menos la mancha.»



## MODAS DE PARÍS.



París 14 de Octubre de 1843.

La apertura del teatro italiano es una solemnidad que la moda aguarda todos los años para ostentar sus elegantes caprichos. Así ha sucedido este año, y el primer día se han observado vestidos de *Pekin glacé* con anchas rayas arrasadas de colores pálidos, otras guarnecidas de ricos encages colocados en forma de delantal, ó en escalones, hasta la cintura. Se ha visto también un vestido abrochado por los lados con lazos que terminaban con agujetas. Por último, los peinados con encages, con terciopelo ó raso, y con adornos mas ó menos ricos; la elegante pluma, la flor coqueta ó el sencillo lazo de cinta, todos caprichos nuevos, se ostentaban por primera vez en el hermoso teatro de los *dilettanti*.

Pero la moda no se ocupa solo de las elegancias que deben mostrarse á la luz de las antorchas, y en los dorados salones; prepáranse los trages de calle, y los mas en boga son los que representa nuestro modelo. Las presillas que guarnecen la falda y jubon son de igual tela que el vestido, y estan pegadas por los lados y el centro con botones. Los sombreros son de

varias clases, distinguiéndose entre ellos los de terciopelo con plumas de dos colores. Los nuevos tegidos destinados para los trages de otoño, que podrán usarse en invierno, son las popelinas adiamantadas de todos colores, la popelina con doble reflejo, y los pekines rayados, estando estos últimos muy en boga. Consisten en una pequeña raya arrasada compuesta de cuatro tonos diferentes sobre un fondo mate; por ejemplo, verde sobre violeta, ó azul sobre fondo gris. Hay además el pekin de rayas anchas sobre un fondo unido, que por su solidez podrá resistir á la intemperie del invierno.

Trátase ya de las capas; y es probable que se usen sobretodos con mangas anchas, cubriendo su poca gracia una valona muy grande. Háblase también de un gaban, y será necesario mucho talento para que sus formas sean graciosas. Así pues, no extrañaremos poder presentar á nuestros lectores un modelo de una muger con gaban; tal es la confusion y el desorden que en todo introduce la moda, en la que reina igual anarquía que en el resto de la sociedad.

MADRID.—IMPRESA DE D. F. SUAREZ, PLAZ. DE CEFILINX 3.